

Relocalización, por Manuel Castells

Tal vez esta crisis industrial en Catalunya permita salir del viejo modelo industrial y asumir el reto de la nueva empresa, de la empresa red

Los cierres de Samsung y Philips en el Vallès, y las sombras que se ciernen sobre otras empresas multinacionales en Catalunya, plantean con tintes dramáticos la transformación de la estructura productiva de nuestro país. En realidad, no hay desindustrialización en el mundo. Nunca había habido tanto empleo industrial. Lo que ocurre es que está, cada vez más, en China, en India, en Brasil, en México y en áreas de nueva industrialización. Y en el contexto europeo se está produciendo un proceso acelerado de relocalización industrial hacia los países de Europa del Este, con costos salariales mucho más bajos que los nuestros, con mucha más manga ancha en la aplicación de la legislación laboral y medioambiental y con la capacidad de vender en el mercado europeo en las mismas condiciones que nuestras empresas, a partir de su inminente integración en el espacio comunitario. La infraestructura de transporte y de telecomunicaciones permite que se pueda producir en casi cualquier punto de Europa y distribuir en el conjunto del mercado, coordinando las distintas unidades productivas por redes informáticas. A menos que haya algo especial en un territorio que le dé una ventaja competitiva. Por ejemplo, una capacidad de innovación tecnológica, de proceso y de producto, que depende de recursos humanos localizados en ese territorio. Por eso es particularmente inquietante la simultaneidad del cierre de grandes empresas industriales con el menos comentado cierre del centro de I+D de Nokia en El Prat. Aunque este último sólo representa la pérdida de 30 puestos de trabajo, es un síntoma del verdadero problema que puede tener Catalunya en el nuevo contexto global. Porque podemos situarnos en ese devastador nivel intermedio de ser poco competitivos en términos de costos y no suficientemente atractivos en términos de tecnología y nivel de cualificación. Y no es que las empresas no sean rentables: los sindicatos tienen razón al mostrar las altas ganancias de las empresas que ahora se relocalizan. Pero lo que ocurre es que esas ganancias pueden ser aún más altas, con niveles similares de productividad y costos mucho más bajos en otros lugares. Por eso el proceso es imparable en los términos que se plantea. No sirven las subvenciones o las desgravaciones fiscales. Eso es tirar el dinero en el contexto actual. Las empresas toman lo que pueden y se relocalizan cuando les conviene. Y no es un acto perverso, sino simple cálculo económico en una economía globalizada interdependiente.

¿Y entonces qué? ¿Cuál es la estrategia de competitividad de país en esta situación? A medio plazo está claro, analizando la experiencia internacional en la materia: infraestructura de conectividad, inversión en recursos humanos, capacidad investigadora, innovación tecnológica y flexibilidad de los mercados de capitales y trabajo, al tiempo que se regulan los flujos especulativos y se mantiene la protección social al trabajador. Calidad de vida también, pero menos. Y es lástima porque ahí Catalunya tiene grandes ventajas. Sin embargo, aunque hay mucha literatura sobre el tema, los datos demuestran que lo primero es la rentabilidad de la empresa, aunque llueva todo los días, como en Seattle. Y con lo que se gana, se disfruta Barcelona en las vacaciones.

¿Pero qué pasa en el corto plazo? ¿Cómo mantener la actividad y el empleo ante la relocalización industrial? La mayoría del empleo ya está en los servicios. Pero la cuestión es saber de qué servicios se habla. Si hablamos del diseño, industrial o de moda, y del turismo cultural de calidad o, por el contrario del turismo de masa estacional y los locales nocturnos. Todo vale como empleo, pero la capacidad de añadir valor no es la misma. Y por tanto no todo es sostenible, ni como empresa ni como país. También hay que saber de qué industria hablamos. La industria del siglo XXI es distinta de la anterior: incluye la producción de software, la producción y gestión de conocimiento, el procesamiento de información para cualquier parte del mundo, y la especialización en procesos de tratamiento de materiales. La distinción clave no es por sectores, sino por procesos: Zara es una empresa de confección, pero basa su competitividad en el procesamiento de información y en sus redes de conexión global. Es decir, lo que diferencia a un territorio es su capacidad emprendedora, la calidad de su trabajo y la flexibilidad de su capital en la financiación de la innovación. En todos esos sentidos Catalunya tiene un enorme potencial: el que le dan sus más de 500.000 empresas, de las que un 88% son microempresas (de menos de cinco trabajadores), que son las que crean empleo y las que fácilmente se pueden reconvertir y orientar hacia nuevos mercados y nuevos productos, a condición de modernizar sus procesos de producción y gestión. El reciente estudio del PIC-UOC, dirigido por el profesor Jordi Vilaseca, sobre una muestra de 2.038 empresas de toda Catalunya, representativa del total, ha estimado que las microempresas generan un 59% del valor agregado bruto de

la economía catalana. También muestra los importantes incrementos de productividad en todas aquellas empresas que han introducido tecnologías de información y comunicación como instrumentos de reorganización empresarial. Es decir, la respuesta a la crisis de relocalización está en la modernización y dinamización del tejido productivo y comercial del país, está en el crecimiento del tejido endógeno, pero con una proyección de competitividad europea y global. Incluso para las multinacionales, es la conexión en red a ese tejido productivo ágil de cada territorio lo que constituye su nuevo modelo competitivo. La gran empresa industrial autosuficiente es un vestigio del pasado.

El drama aquí es que la reconversión estructural afecta a los de siempre, a los trabajadores, a los que dieron todo su esfuerzo creyendo en los espejismos de un capitalismo multinacional acogido a los sonos del "Bienvenido, Mr. Marshall". Por ello debe ser una prioridad pública ayudar a la transición de las personas que dejan atrás las empresas como daños colaterales de la competitividad. En primer lugar, mediante la utilización de mecanismos legales de compensación por cierre de empresas. No hay que temer a que esto asuste a otras grandes plantas de multinacionales porque, en realidad, ni vendrán, ni es interesante que vengan desde el punto de vista de la nueva política industrial. En segundo lugar, mediante la cobertura pública de las necesidades de los trabajadores. Pero también teniendo en cuenta que no sólo de subsidio de desempleo viven las personas, sino que también hay una dignidad del trabajador como tal: de ahí la necesidad de un reciclaje efectivo que les permita encontrar nuevos empleos. Y también la posible financiación pública de proyectos empresariales que surjan de aquellos técnicos y trabajadores que se atreven a transformar su experiencia en proyecto de pequeña empresa.

El ideograma chino que significa crisis significa también oportunidad. Tal vez esta nueva crisis industrial en Catalunya permita salir del viejo modelo industrial y asumir el reto de la nueva empresa, de la empresa red, basada en la innovación, en la tecnología y en la cualificación del trabajo en todos los sectores, haciendo crecer la nueva economía donde siempre estuvo, desde dentro de la vieja economía, no en las fantasías de las punto.com.

Ahora bien, la experiencia internacional demuestra (Finlandia en positivo, Estados Unidos en negativo, por ejemplo) que la estrategia de reindustrialización y la transición a un nuevo tipo de economía requieren un papel activo de la Administración. No bajo la forma del intervencionismo dirigista o de la expansión del sector público, modelos también obsoletos, sino mediante el apoyo estratégico al tejido empresarial del país en términos de financiación de la innovación, reciclaje del personal, apoyo a la investigación y difusión tecnológica y de información. Por otro lado, la transición al nuevo modelo productivo tiene unos costos sociales que no deben ser asumidos por quienes dejaron su vida en el trabajo, sino por el conjunto de la sociedad a través de un gobierno solidario.

Hacer país empieza por hacer empresas del país. Y ello no es utópico en un mundo globalizado. Porque la globalización está hecha de redes que conectan países, empresas y personas que viven en lo local aunque compitan en lo global.

Fuente: **La Vanguardia**

<http://www.lavanguardia.es/>